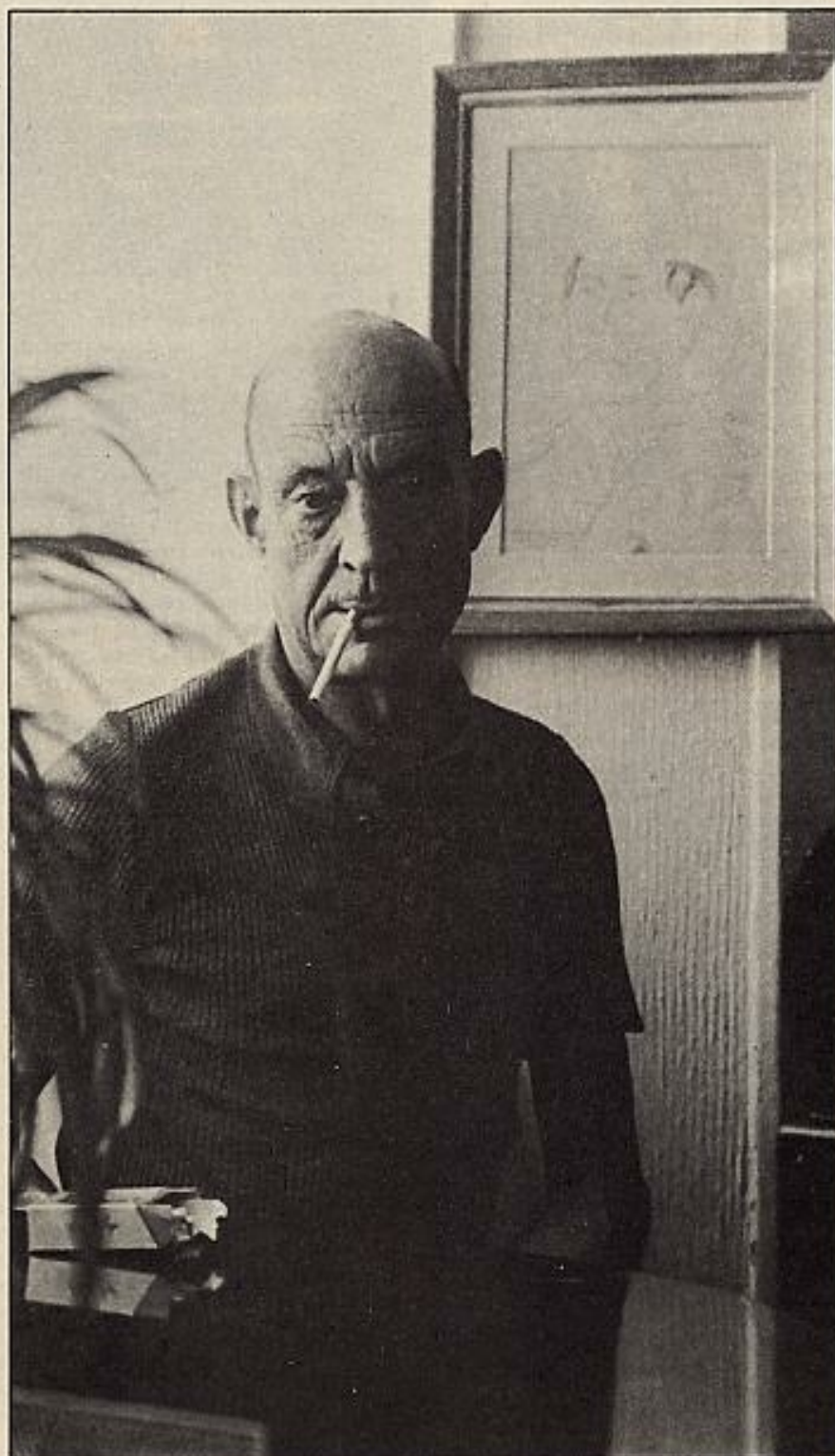


Conversación con José Hierro

CASI CUANTO SE DE MI

VICTOR MARQUEZ REVIRIEGO



Visto por detrás —con el andar marcial, la calva gloriosa de casquete polar y el cogote rapado— parece un oficial prusiano del Estado Mayor de Ludendorff, allá en los días triunfales de Tannenber y los Lagos Masuriños. Por delante es el doble del actor Lee van Cleef, pero sin colt y sin sombrero y con el bigote más pequeño, recortado al estilo de los 40. Tiene aire de ave rapaz y puntiagudas orejas de película espacial y especial, tal vez de Flash Gordon... Es poeta español.

Pero estoy aquí. Me muevo, vivo. Me llamo José Hierro. Alegría. (Alegría que está caída a mis pies.) Nada en orden. Todo roto, a punto ya de no ser.

Pero toco la alegría, porque aunque todo esté muerto yo aún estoy vivo y lo sé.

Aurora de Albornoz escribió de él: «Desde 1947 —fecha de publicación de sus dos primeros libros— el nombre de José Hierro ocupa un lugar destacado entre los de los máximos creadores de poesía surgidos en nuestro país después de la guerra civil». Esos dos libros fueron: «Tierra sin nosotros» y «Alegría». Luego llegan: «Con las piedras, con el viento» (1950); «Quinta del 42» (1953); «Estatuas yacentes» (1955); «Cuánto sé de mí» (1959), y «Libro de las alucinaciones» (1964).

Varias veces premiado: Adonáis, 1947; Nacional, 1953; Crítica, 1958 y 1965; Juan March, 1959; Pablo Iglesias, 1981, y Príncipe de Asturias, 1981. En el acto solemne de la entrega de los premios Príncipe de Asturias, a primeros de octubre, en Oviedo, ante la familia real, José Hierro pronunció el discurso de gracias en nombre de todos los premiados. Un discurso de gran repercusión por sus consejos al príncipe heredero y sus consideraciones sobre el momento español.

Es crítico de arte y aficionado antiguo a la pintura; profesor temporero de los cursos de la Universidad de Nueva York en España; trabajador eventual en Radio Nacional.

Hablamos una tarde en su casa, sentados en una saleta con paredes llenas de dibujos y algún óleo: Quirós, Ortega Muñoz, Zamorano, Naranjo, Echevarría, Vázquez Díaz... De don Daniel Vázquez Díaz hay un re-

Ante el retrato de Azorín, hecho por Vázquez Díaz, sobre una fotografía de otro dibujo suyo. El sentido del ahorro del pintor le valió al poeta este cuadro.

trato de Azorín, casi igual al famoso dibujo a lápiz hecho por el pintor hace 60 años. Hierro tenía una fotografía del dibujo y don Daniel la vio. Quería una igual y entonces para ahorrarse el dinero de otra reproducción (y, como saben quienes le trataron, eso del ahorro era importantísimo en Vázquez Díaz), el no excesivamente manirroto pintor propuso al poeta quedarse con aquella, y a cambio le entregó una versión del retrato azoriniano, hecha calcando la foto con ayuda del cristal de una ventana, a la manera como los niños calcan mapas y dibujos. Vázquez Díaz, tras sacar la copia, la firmó y dedicó.

José Hierro dedica sus libros sin frases ni palabras. Dibuja unos barcos de colores, sobre un mar que cabrillea y bajo un sol amarillo; y debajo: «Pepe. Madrid, 8-X-81».

Al terminar esta como a modo de introducción caigo en la cuenta de que en la entrevista —que ustedes van a leer después, pero que está hecha antes— hablamos poco de su poesía. Acaso sea mejor así, y no sólo por el confesado pudor del poeta: mejor que hablar es leer. Y la lectura poética es cosa personal, íntima. Aquí conversamos con el poeta, con el autor («... No hay canto/sin cantor, dolor sin hombre, efecto sin causa...»). Y eso es todo.

—Estas entrevistas son largas. Al menos, largas en comparación con lo que suele ser habitual.

—Con las de «Hola», por ejemplo.

—Por cierto, ¿te has visto en «Hola»?

—No me jodas, ¿sí?

—Sí, sí...

—Ay, ay, ay...

—Sí.

—Mira. Yo después de esta cosa de la acción de gracias ésa, que era la ortodoxia pura (lo que tuve que mirar es que no fuera una pelota al Rey, que no pareciera pelota lo que era agradecimiento) y que resulta que parece poco menos que es un grito, un... ¡hay que joderse, eh!

—Pues nada: como una bomba.

—Yo es que estoy dando vueltas. Yo es que no tengo el original, porque me lo pidieron y no lo he leído. Pero digo: son todo cosas vulgares, corrientes, de las que andan en el ambiente.

—En «Hola» viene una foto tuya y en el pie dice, poco más o menos, que el poeta José Hierro, en nombre de los premiados, pronunció un importantísimo discurso.

—Esto de aparecer en «Hola» sin tener yo una relación sentimental con alguien...

—Y esto de «ABC», donde cuenta Pilar Urbano que Cela dijo que era «políticamente innecesario», ¿lo has visto?

—Supe lo de Cela por la mujer de Laín. ¡Pero si eso no era una cosa política! En fin. Era querer situar un poco a las gentes que hacen algo dentro del terreno del pensamiento. Tampoco me parece que el estilo, la manera que lo hice, era ofensiva, o esa cosa inadecuada, o lo del listillo que dice ahora que estoy yo aquí en una tribuna que nadie me para...

—Lo que no hay dudas es de que esto ha sido para ti, para que te conozcan, el equivalente de 40 libras, por lo menos.

—Ayer iba yo en el Metro, como voy siempre, y en «Diario 16» me habían publicado una foto. Y, mira, ver a un mozo que estaba allí delante y que de pronto me miraba con disimulo y yo poniendo caras así...

—Para que no te reconociera.

—Y por la mañana —que yo tomo siempre una copa de cazalla en un café— y entonces como tomo muchos cafés a lo largo de la mañana, porque yo no desayuno nada sólido, entonces al llegar al trabajo quiero tener monedas para la máquina (allí cuesta el café 12 pesetas). Después de dejarle la propina —un duro para que viera que yo no quería dejarle menos— cojo otro duro y le digo, ¿puede usted cambiarme esto? Y me dice «no tengo» y entonces otro de al lado me dice «mire yo tengo aquí», «ah, pues muy bien», y me dice «usted es Pepe Hierro». Y le digo «coño, me ha conocido por la calva»; «no, es que le he oído,

por la voz»... ¡Es que es una cosa! Yo todavía no he salido de mi perplejidad, que qué pasa, qué es lo que no funciona, ¡no lo sé, no lo sé!

—Lo que te hace falta ahora es que esto se note en los libros, que se lean.

—¡Eso ya es mucho pedir!

Santanderino de Madrid

—Bien. Yo empiezo las entrevistas por el principio, por la parte biográfica...

—Tú empiezas por donde te dé la gana.

—¿Dónde naciste: en Santander o en Madrid?

—Nací en Madrid.

—En 1922.

—En 1922, el 3 de abril. Y la relación que tengo con Santander, que es muy estrecha y yo me considero más santanderino, consiste en que a los dos años —creo, no lo sé con certeza— mi padre, que era telegrafista, fue destinado a Santander. Entonces yo, mis primeros años, mis primeros recuerdos, hasta la adolescencia, son Santander. Razón por la cual soy más santanderino.

—¿Y allí, ¿qué haces?

—Estoy primero estudiando, primera enseñanza, en los salesianos; después acabado aquello me voy a estudiar, de una manera un poco absurda por mi parte (yo era muy lógico, sigo siendo muy lógico). Yo vagamente me sentía inclinado a escribir, cuando era un niño. Pero pensé que entre las posibilidades que había, pues las carreras técnicas eran mejor, tenían más posibilidades, más salida. Pero todo quedó interrumpido en la guerra.

—La guerra te coge en Santander.

—Sí. Tengo 14 años.

—Por entonces ya escribes versos.

—Sí escribo algunos versos de indole, ¿qué te diría yo?, más o menos política. En fin, el contagio de todo aquello, porque mi padre era un hombre de izquierdas, era republicano de Azaña... Entonces, es curioso que yo escribí algunos poemas y los firmé como «J.H. Real».

—Tu segundo apellido.

—Mi segundo apellido. Y eso no lo hacía por el temor de que después me iba a costar caro. Ni me imaginaba eso. Yo he tenido siempre un pudor tan extraño que, por ejemplo, en mi casa nunca se habló de que yo hacía poesías, cuando yo era un muchacho... Es una cosa de un pudor extraño, que aún me ocurre hoy: en mi casa no se habla de poesía, y mucho menos de la que hago yo.



Una copita de cazalla, casi de madrugada, para matar el gusanillo. Luego el autobús y al tajo.



Detrás de Hierro, en la sala de su casa, un dibujo que hizo de él Alvaro Delgado y el retrato al óleo de su esposa, realizado por Ricardo Zamorano.

-Cuando termina la guerra detienen a tu padre, ¿no?

-Antes de terminar. A mi padre lo detienen cuando entran las tropas de Franco en Santander, en el año 37. Y entonces yo ya tengo que ponerme a alimentar a mi familia: empecé a trabajar en una fábrica de goma y ahí estuve hasta...

-Hasta que te detuvieron a ti.

-No hables de detenciones porque a mí me joden los demócratas de toda la vida y la gente que ha sufrido tanto...

-Pero algo has de contar.

-Nada. No decimos nada. Eso es una especie de pase de factura que a mí me ha jodido siempre... Nada. La historia acaba en el momento que detienen a mi padre y yo me pongo a trabajar.

(Y entonces José Hierro levanta la mano del magnetófono, que había tapado cuando le pregunté por la cárcel. Pero estos aparatos japoneses oyen hasta tapados y no soy yo quien para borrar lo que Dios y la técnica nipona han permitido grabar).

En Valencia

-¿Te desterraron a Valencia?

-No. Yo me fui a vivir a Valencia. Cuando yo salí no tenía nada que hacer en Santander. No tenía posibilidades. Podía haber alguna pequeña o gran hostilidad, y entonces me fui a Valencia.

-¿Cuántos años tenías?

-No lo sé. Era el año 44... Veintidós años.

-Fuiste por José Luis Hidalgo.

-Sí. Me escribió al ver que yo ya estaba allí disponible, después de esa situación que no existe...

-Que no quieres contar.

-No, no, que me jode eso. De eso, nada.

-Bien; bien. De eso no pongo nada.

-Entonces me dijo que había un trabajo para mí. Era mentira. No había ningún trabajo. El estaba sobreviviendo, de una manera además muy curiosa...

-¿Y cómo es que Hidalgo estaba en Valencia?

-Al final de la guerra había caído allí. Estaba estudiando Bellas Artes, que es lo que a él le gustaba, puesto que él aparte de poeta era dibujante, pintor aficionado. Sobrevivía como podía. El cobraba por un tebeo, una historia de esas fantásticas que dibujaba y hacía 700 pesetas, que era una cantidad importante entonces. Y yo quisiera saber qué tebeos son estos; es decir, qué comics, como dicen los cursis ahora.

-A lo mejor serían de Editorial Valenciana. Pero a mí no me suena ningún Hidalgo de mis tebeos infantiles.

-Vete a saber con qué nombre firmaba él, con qué seudónimo.

-Los famosos eran Manuel Gago, Vainó...

-Sí. Pero esos eran los que dentro del mundo de la subcultura y toda esa puñeta tenían un nombre, y son ligeramente posteriores; pero vete a ver qué género, qué cosa de acarreo hacía Hidalgo.

-En Valencia conoces a Zamorano, al pintor Ricardo Zamorano.

-Sí. En Valencia entro en la pensión donde estaba José Luis Hidalgo y conozco a Jorge Campos. Estábamos allí los tres. Y luego conozco a Zamorano, a Berlanga...

-¿Berlanga había vuelto ya de la División Azul?

-Sí. Porque yo salgo en el año 44 y estoy en Valencia hasta el 47.

-Berlanga, ¿era de vuestro grupo?

-No. Lo conocí por allí. Pero yo andaba más con los pintores. Tenía una soterrada afición a la pintura, vocación frustrada si quieres. Y, pues eso, Ballester, Zamorano...

-¿A Vicente Soto, no lo conoces entonces?

-Sí.

-Pero éste era de los escritores.

-Sí. Entonces había obtenido un premio por «Rosalina» o «Rosálinda», y había publicado «Gentes humildes» o «Cuentos humildes» o algo así, que es un libro maravilloso, maravilloso. Yo de Vicente Soto, la primera versión o visión que tengo es la siguiente. Había ido yo a la playa, en el año 44 ó 45, y estaba yo durmiendo en mi pensión, venía de donde venía, y entonces así como a las dos o las tres de la madrugada, me veo dos seres extraños, uno de ellos que... bueno, ¡no me acuerdo!, el otro es Vicente Soto, que me dice «¡Levántese, vístase y venga!».

No sé porqué a mí me entro la risa, y pensé que aquello era mentira.

-¿Cuánto costaba una pensión entonces? ¿estábais a pensión completa?

-Pensión completa y pagábamos 12 pesetas. Cuando podíamos. Luego te contaré por qué no podíamos... Bueno ¡te lo cuento ahora! Tú lo ordenas después.

-Yo no ordeno nada.

-Sí, Porque todo esto es disparatado y puede tener gracia cuando estamos en conversación... Bueno, yo no te voy a dar lecciones a ti, que tú...

Vivir del retrete

-¿Cómo vivías?

-Después de buscar mil cosas, estuve haciendo una mitología. Había uno que quería hacer un diccionario mitológico. Entonces yo cogía fichas, cogía cosas, pero cuando se me acababa aquello como yo tenía que trabajar por días pues me inventaba dioses. O sea, que si ves una mitología donde entre los dioses está el dios Escroto, por ejemplo, pues es mío. Por otra parte, y para una persona que vive todavía...

-Y que naturalmente no me vas a decir...

-Pues hacía biografías que las escribía en 30 días. Eran 300 folios, a 10 folios por día. Y me daban 300 pesetas al mes y un bocadillo de tortilla.

-El bocadillo, al día.

-Por la mañana. Eran biografías de gentes que yo no tenía ni la más puñetera idea, en muchos de los casos... Pero ocurría que la persona que me encargaba esto, el pobre, pues no tenía una puñetera peseta. En conclusión: que aparte de la tortilla de todas las mañanas y de la máquina de escribir que me dejaba (yo escribía directamente a máquina), pues pagaba muy de tarde en tarde, muy mal. Y entonces la patrona, doña Esperanza, que era un ser angelical y disparatado (vivía en una casa en la calle del Salvador, donde había un pozo para sacar el agua en la cocina, en plena Valencia, en el sitio más hermoso de Valencia, de la hermosa Valencia de entonces, sacabas el agua allí como podías) pues de pronto nos decía esta cosa enigmática: «¡Ay, y gracias a Dios que comemos del retrete!».

-¿Cómo que del retrete? ¿qué tiene que ver el retrete?

-¿Qué tiene que ver esto? Pues sí. Tenía que ver, porque esta señora por las mañanas estaba en un retrete público en el mercado central, y le daban las pesetillas. E íbamos comiendo gracias al retrete.

«Proel»

-Cuando vuelves a Santander intervienes en «Proel».

-Sí. Pero de una manera no muy activa. «Proel» ya estaba fundado por aquel tiempo.

-¿Quiénes son tus amigos en Santander? ¿Manuel Arce?

-Manuel Arce era más joven que yo, Julio Maruri...

-Que luego sería Fray Casto del Niño Jesús.

-Fray Casto. Mira: hoy he tenido una carta de él...

-¿Dónde está?

-En Francia, que está dedicado a la pintura.

-Ya no es fraile.

-No. En principio fue dejándolo levemente, quitándose el hábito porque estaba en una cosa para niños inadaptados y les enseñaba pintura, y luego... No sé su situación.

-Carlos Salomón también era amigo tuyo.

-Carlos Salomón, Carlos Nieto, Marcelo Arroita-Jauregui, Enrique Sordo...

-¿Sordo es santanderino? Siempre creí que era catalán.

-Santanderino.

-¿Y Jesús Aguirre?

-Era más joven. Yo no he conocido a Jesús Aguirre hasta Madrid... Y desde luego quien ligaba todo aquello era Pedro Cantolla.

-No sé quién es.

-Pedro Gómez Cantolla era el director de «Proel» y era el jefe provincial del Movimiento. Pero de Movimiento nada, porque muchas veces hemos estado debatiendo cosas de «Proel» y estaban los jefes locales o como se llamen esperando, que se les iba el tren, y el tío con nosotros. Extraordinaria persona.

Otra vez Madrid

-Ganas el premio Adonais en 1947; ¿tú serás de los primeros «adonais»?

-Individual, el primero. En el orden cronológico y exacto, el segundo. Porque el primero fue tripartito. Fueron, me parece, Gaos, Alfonso Moreno... no recuerdo quién.

-Te dan el premio estando en Santander ¿y cómo fue venirte a Madrid?

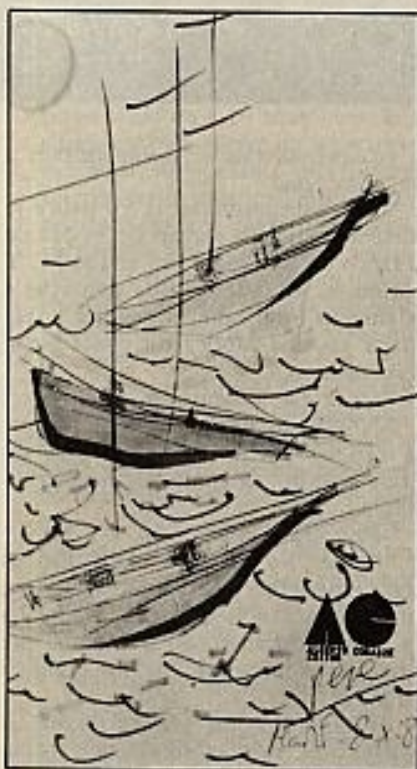
-Yo no tenía allí trabajo. Entonces hay dos cosas que tengo que destacar aquí. Yo estaba un día en «Proel» y me había quedado sin trabajo; y entonces Joaquín de Entrambasaguas, que dirigía los cursos para extranjeros y con el que yo me llevaba muy bien,

me llamó y me dijo: «Pues hombre cuándo nos vemos...», «Cuando usted quiera don Joaquín», «Pues mañana mismo o ahora mismo, ¿pero usted cuándo trabaja?», «Pues no trabajo», «Y entonces de qué vive», «De milagro», «¡Cómo! ¡Váyase usted inmediatamente a la Universidad Menéndez Pelayo (que estaba entonces en Corbán, en el monasterio de Corbán) hable usted con un señor que tiene un aspecto de general rojo con un bombón en la oreja (¡Ja, ja! Era don Samuel Gili Gaya, encantadora persona, bueno, estaba depurado entonces) y que le meta a usted en los cursos inmediatamente...».

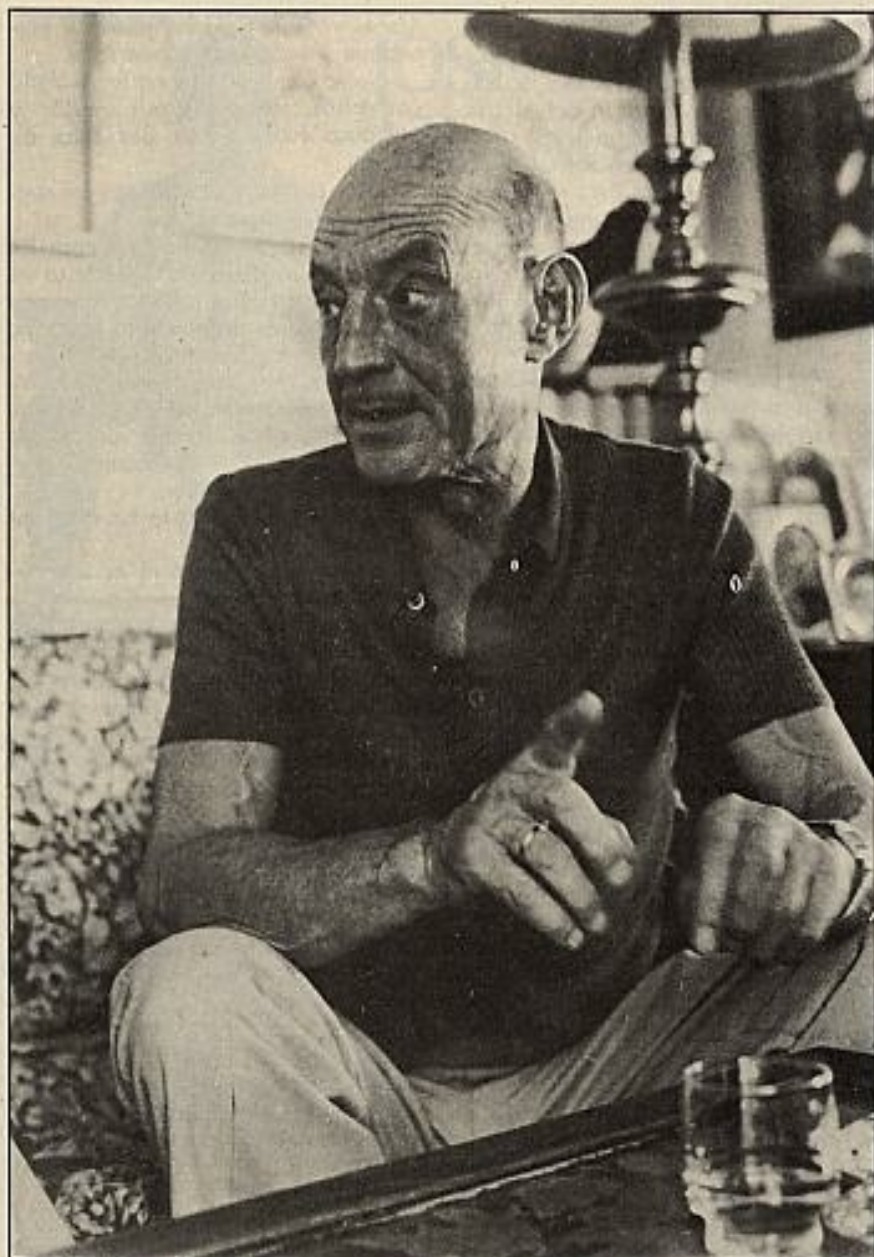
-Y entras.

-Pasa el tiempo y un día, pasados dos o tres años, estábamos don Samuel y yo por el patio esperando que empezara la clase, y me dice: «A usted don Joaquín lo estima mucho»; y digo: «Y yo a él». «¿Recuerda usted hace dos años o tres cuando vino?», «Sí», «¿Sabe usted que me llamó antes de que llegara usted y me dijo ahí va un muchacho que es una persona excelente, extraordinario, no es universitario pero es igual, es un poeta admirable, etc...», una cosa de elogio, y esto que es muy delicado. «Y trátele bien que es de los suyos».

-De los suyos.



Dedicatoria de José Hierro: tres barcos de colores, sobre un mar que cabrillea y bajo un sol amarillo. Y debajo: «Pepe. Madrid 8-X-81».



Dinero del premio: para pagar deudas («una de ellas 100.000 pesetas de una operación de mi mujer»), y para hacerse una bodega para guardar el vino de la propia cosecha, 300 litros de uva blanca.

—Jamás lo olvido. Y, fíjate bien, que es persona que no es sospechosa de ser persona que anduviese con la izquierda... Entonces empecé con esto. Y apareció por allí Florentino Pérez Embid, que me dijo: «¿por qué no te vas a Madrid?»... Y yo me quería quedar en Santander, pero si no encontraba... Entonces me dijo: «Bueno, pues sino vas a Madrid y yo te buscaré alguna cosa».

—Y fuiste.

—O sea que yo, que no tengo nada que ver en absoluto con el Opus, también tengo que destacar dos cosas, no ya la cuestión personal (que no me exigí nunca nada, ni que fuera a una misa, ni a una cosa, ni a un retiro, ni

a una cosa de estas) sino que además es el hombre que durante todo el tiempo que estuve yo en el Ateneo hubo denuncias graves, como si aquello fuera un centro de conspiración. Sistemática, totalmente, las rompió.

—Tú llevabas el aula de poesía.

—En tanto que cuando entró el señor Fraga y el señor Robles Piquer, me dieron un toque de atención para decir que a ver qué pasaba y quién entraba ahí: ¡Pues entra quien quiera!

—Dicen que Florentino era persona de mucha finura, ¿no es así?

—Era andaluz y esto es muy importante. Para mí esto ya es una categoría. La delicadeza que tiene un anda-

luz es una cosa muy importante. Fíjate que cuando el premio Adonais, donde yo estaba de jurado, me llamó por la mañana y yo me dije: «¡Ay, Dios, qué ya me recomienda a uno de la Obra!». Y me dijo: «¿A quién vas a votar tú?», «Pues a éste», «¡Pero hombre si es un libro muy triste! ¿Y no hay por ahí un andaluz más alegre?». Y yo dije «Este es el libro». Y además salió, que fue Claudio Rodríguez. Jamás me dijo «Porqué no votas a éste», que es lo que yo creía que iba a decirme.

—El libro de Claudio Rodríguez era «Don de la ebriedad».

—Sí, «Don de la ebriedad»... De modo que son dos personas que mucha gente que habla ahora de sus sufrimientos y democracias no citaría.

Los trabajos y los días

—Florentino te metió en la Editora Nacional y después trabajas en Selecciones.

—Sí, Selecciones del Reader Digest, y luego en otra revista...

—En «Dunia». Y después pasas a la radio.

—Sí. Se llevan «Dunia» a Barcelona y entonces es cuando entré en la radio. En Radio Nacional yo era colaborador, continuo siéndolo, lo que ocurre es que entonces era colaborador de un artículo o dos a la semana y ahora soy colaborador de horas fijas; es decir, que estoy horas fijas allí.

—Y esa es tu única fuente de ingresos.

—Sí.

—Libros, desde el «Libro de las alucinaciones», en 1964, no has hecho nada más.

—Nada más.

—Y «Quince días de vacaciones», ¿qué es?

—Esto es un cuento que yo publico. Tiene para mí un valor, que es la cosa que más me gusta de las que he escrito, lo que más acepto yo. Y curioso también porque a Juan Ramón Jiménez yo lo conocí—bueno, epistolarmente— por este cuento, porque él me escribió. Llegó a sus manos este cuento, le gustó mucho y me escribió.

—A Juan Ramón Jiménez lo reconoces como uno de tus grandes maestros.

—¡Hombre, por Dios, de los míos y de los de todos! Porque puede haber poetas que otros no consideren que son maestros suyos (yo, por ejemplo, considero maestro mío en el 40 por ciento de lo que yo haya podido hacer a Gerardo Diego, cosa que no ocurre en todos), pero creo que en el caso de Juan Ramón no hay dudas. La diferencia que hay entre Rubén, que nadie le niega su protagonismo en la poesía, y Juan Ramón, es la que hay

entre el latín y el romance, ¡coño! Juan Ramón es el que inventa el romance de la poesía. Luego habrá unos señores que en el lenguaje juanramoniano digan que Juan Ramón es un egocéntrico y es el ombligo que se mira, y tal, pero, vamos ¡estamos hablando en el lenguaje de Juan Ramón! Esto no lo duda nadie.

-Tú tienes cartas de él.

-Sí. Unas que se conocen y otras que no se conocerán nunca, porque hace algunas alusiones un poco molestas para algunas personas. Cartas muy graciosas, muy inteligentes...

-Y muy crueles.

-No son conocidas por esa razón.

-Además de Gerardo y de Juan Ramón, ¿de quién te consideras deudor?

-De Rubén; de Machado... La deuda de un poeta, de un creador, respecto de todo lo que le antecede pues es total, absoluta; debemos todo lo que somos. Ahora bien, cuando yo hablo de maestros, hablo de aquellos que me han interesado no sólo poéticamente, sino también métricamente, mecánicamente. Yo puedo leer un poeta que me llene de placer, ¿verdad?, y entonces me quedo en él y no salgo de él, como poesía. Pero hay un tipo de poeta, que es el caso de Gerardo Diego o de Rubén, que no solamente como poetas me impresionan, sino que al mismo tiempo como orfebres que diría un cursi.

-De manera técnica, digamos.

-Eso. ¡Cómo hace este hombre, cómo consigue esto! Lo mismo que los pintores cuando copiaban a los maestros.

-Tú no eres de la Academia.

-No. No lo soy por dos razones fundamentales. Una: creo que para ser académico tienes que ser dos cosas, o bien un gran creador, y yo no lo soy...

-¿Eso lo dices tú!

-Bueno, lo digo yo. Y, fíjate, ¡si no lo sé yo!

-¿Y qué más?

-O tienes que ser un gran conocedor, digamos mecánico, técnico, de la lengua, filólogo, etcétera. Tampoco lo soy. No tengo cultura para ello. Por otra parte: aunque tuviera el genio mayor del mundo o la mayor cultura lingüística del mundo, no lo sería por una razón: respeto tanto la Academia que yo no me permitiría el lujo, como iba ayer en el Metro, de ir con alpargatas, que es como a mí me gusta andar. Y pasando una vergüenza tremenda porque un señor llevaba un periódico donde yo venía y me iba mirando. Y yo cambiando la cara para no parecerme a la foto... Bueno, pues un académico no puede ir en el Metro con unas alpargatas.

-Hasta ahora no habías sentido esta popularidad, aunque pueda ser efímera.

-No. He notado ayer lo de las monedas. Por la tarde, lo del Metro. Una vez entré a tomar una copa cerca de aquí, hace ya muchos años, ocho ó diez- y me dijo el del bar: «Hombre, usted me recuerda a una persona conocida». Y dije: «qué pasa, que es también calva como yo». Y dice: «No, no, es un señor que se llama don José Hierro». No sé donde coño habría visto el nombre, ni porqué.

-Eres una persona que eres bastante igual a ti misma siempre. Recuerdo la primera vez que te vi, en la librería Abril, hace más de 20 años, y eras igual que ahora.

-Será que soy poco maduro, je, je.

-Ya por entonces, era invierno, llevabas un jersey de cuello alto, que eso te ha gustado siempre mucho.

-Sí, sí.

-Donde apenas recuerdo haberte visto es en el café Gijón y en el café Varela, cuando yo iba de estudiante.

-Muy poco. A mí me gustan poco las tertulias; a mí me gustan mucho las reuniones con amigos. A tertulias poco. Primero, porque no he tenido mucho tiempo yo en mi vida. Si yo vivo ahora como vivía hace años. Saliendo a las siete de casa y siempre igual.

-¿Una jornada tuya normal, cómo es?

-Pues mira: me levanto a las seis y cuarto; salgo de casa a las siete; tomo un autobús a las siete y media; me pongo a trabajar a las ocho; estoy trabajando hasta las dos, las tres, o como esta tarde hasta las seis de la tarde. Por la tarde: unas veces tengo clase (este semestre no tengo); otras veces, ver exposiciones de las cuales tengo que hablar luego. Y vengo a las nueve y media a casa. Vengo a casa y a veces voy a ver a mis nietas, como haré ahora... De manera que esa es mi vida.

-¿Tienes nietos?

-Sí. Tengo dos nietas.

-¿Y cuántos hijos tienes?

-Cuatro. Uno, el mayor, que has visto antes; otro, el menor, que se ha marchado un poco antes. Y luego, en medio de los dos, la segunda es hija y la tercera es hija.

-Tu hermana está casada con Ricardo Zamorano.

-Sí.

-¿Buen pintor, Ricardo!

-¡Extraordinario pintor!

El premio

-Podríamos hablar ahora de cómo concedieron el premio. Parece que fueron

Alarcos y Angel González quienes te propusieron y entonces aceptaron todas.

-No sé cómo porque no he hablado con ellos, un poco por pudor y un poco hasta ahora por falta de tiempo.

-Eran Umbral y Luis Rosales los otros escritores que sonaban...

-Yo no sé. No sé quiénes eran los que estaban. Pero de todo esto es mejor que no digas nada, porque va a parecer que es decir «ahora el guapo soy yo».

-Hombre, no. Los premios son así. Nadie es mejor ni peor por llevárselos o no llevárselos... Quien escribió un artículo muy bonito en «El País» cuanto te premiaron fue Jesús Aguirre.

-¡Ah, sí! Joder: no le he dado las gracias.

-Bueno, se las das ahora en la entrevista.

-Es verdad; porque era una cosa muy inteligente y muy generosa, que son dos cosas. Podía ser muy generosa y ser poco inteligente, o al revés.

-Cuando te dieron el Premio Juan March te compraste esta casa, ¿qué vas a hacer con el premio éste?

-Aparte de que ya he pagado algunas deudas que tenía, una de ellas 100.000 pesetas de una operación de mi mujer, una cosa muy delicada de ojos y que tuvimos que hacerla y todavía debía eso... Aparte de eso, pienso en esa casa que tengo en el campo...

-¿Cerca de Chinchón?

-Cerca de Titulcia. Quiero hacer una bodega. He plantado dos viñedos; uno que se comen sistemáticamente los conejos y otro que sobrevivió. Y hacemos vino, 300 litros; y lo que quiero yo es que ese vino quede ya en una bodega, para cuando vamos toda la familia los fines de semana.

-Y además de esa bodega, haces también paellas.

-Esas las hago sin necesidad de premio. Las hago muy bien.

-¿Te gusta la cocina?

-Mucho.

-¿Y no te han pedido ningún libro de gastronomía, que es lo que piden ahora a todo el mundo?

-No. Pero Angel Ferrant, el escultor, una gran persona... Una vez lo llevé yo a casa, hace muchos años, ¡fíjate ya hace 20 años que murió!... Pues una vez lo llevé a casa, estaba yo solo, e hice una comida. Y me dice: «Usted lo que tenía que ser es cocinero».

-Pues nada: que te ofrezcan una colección de gastronomía, que eso lo pagan bien.

-O de chef, ¡ja, ja! V.M.R. (Fotos: RAMON RODRIGUEZ).